



PROV. DE TOLEDO

(Criada de la Capital)

INTRODUCCIÓN¹

Cuántas razas cruzaron la Península dejando impresa su huella en las páginas de la historia nacional, dejáronla impresa también en cada una de las piedras de la gloriosísima ciudad de Recaredo y Carlos V. Asentada sobre siete colinas, cuyas plantas besa el caudaloso Tajo, y cuya frente coronan, envueltos en nubes de plata y zafir, monumentos arquitectónicos de todas las edades como los gigantes de su fama; colonia aria o semita, perdida en el caos de la fábula; civilizada por fenicios, griegos o cartagineses, o por todos estos pueblos a la vez; fortaleza romana de Marco Fulvio dos siglos antes de Jesucristo; capital de la Provincia Carpetana después, elogiada por Tito Livio como una de nuestras plazas más importantes, con municipio libre, facultad de acuñar moneda y renombrada fabricación de armas; silla episcopal de San Eugenio en el siglo I de nuestra era; asamblea en el IV de aquellos Concilios, en cuyo crisol se forjaron las leyes del código más antiguo y liberal de Europa y los orígenes de nuestro sistema parlamentario; dominada por los godos a principios del siglo V, y corte de sus soberanos en el VI; metrópoli cristiana de la Provincia Cartaginesa en el VII, y a poco Primada de todas nuestras cátedras espirituales; ocupada por los árabes en el siglo VIII, y constituida en el primer gobierno de los seis que dependían del Califato de Córdoba hasta que en 1013 uno de sus walies se declaró rey independiente de aquel estado, que comprendía la actual Castilla la Nueva, parte de Albacete y no poca de Extremadura; conquistada a los setenta y dos años por Alfonso VI y Rodrigo de Vivar, y corte de los monarcas castellanos hasta que en 1561 Felipe II trasladó su residencia a Madrid; con razón lleva Toledo el nombre de «Roma de España».

¿Qué extraño que la influencia de tantas y tan largas dominaciones, durante época indeterminada por pueblos desconocidos, durante cinco siglos por los romanos, durante más de tres por los godos, durante más de tres y medio por los árabes, filtrándose en esta nuestra bella mitad, destinada por Dios -como ha dicho el conde de Segur- a formar las costumbres como el hombre forma las leyes, produjera, en los conceptos físico, moral y social, el tipo de la mujer toledana, que une al indomable valor de la celtíbera el espíritu comercial

de la fenicia, al gusto literario de la griega el genio emprendedor de la cartaginesa, a la humildad de la hebrea la altivez de la latina y a la entereza de la germana el sentimentalismo de la árabe? ¿Qué extraño que semejante influencia produjera a la que había de llevar su amor religioso hasta el martirio como Leocadia, su amor conyugal hasta el frenesí como Doña Juana la Loca, su amor a la libertad hasta el heroísmo como María de Pacheco y su amor a la ciencia hasta la inmortalidad como Luisa Sigea? ¿Qué extraño que produjera el tipo singularísimo, que dio al mundo tanto varón ilustre en todas las manifestaciones del genio, desde el místico San Ildefonso al revolucionario Juan de Padilla, desde el mordaz Rodrigo de Cota al sentimental Garcilaso, desde el dogmático Alfonso de Salmerón al reformista Diego de Covarrubias, desde el escultor Monegro al pintor Luis Tristán, desde el historiador Mariana al dramaturgo Francisco Rojas?

II CAMPO DE BATALLA

La actual provincia de Toledo, limitada al Norte por las de Ávila y Madrid, al Sur por la de Ciudad Real, al Este por la de Cuenca, y al Oeste por la de Cáceres, tiene una extensión a los cuarenta grados de latitud setentrional de cuatrocientas sesenta y ocho leguas cuadradas con trescientos veinte mil habitantes, distribuidos en doscientas veintiuna poblaciones.

Cruzada de Oriente a Ocaso por el Tajo, que después de besar los muros de la capital pasa por Talavera de la Reina y el Puente del Arzobispo, presenta al Nordeste y Sudeste dos dilatadas planicies, la Sagra y la Mancha, por lo común aluvianas, tan húmedas y sueltas en las estaciones lluviosas, como secas y duras bajo los hielos del invierno y los calores del verano; tierras productoras de aceite, vino, cereales y legumbres, pero en las cuales apenas se eleva una colina, ni nada que sirva para fijar la vista, y que, semejantes a los Campos de Castilla la Vieja, recuerdan a los llanos de Venezuela, que se extienden a lo largo del Orinoco, a las pampas de Buenos Aires, entre el Paraguay y los Andes, y a la estepa de Hungría entre el Teis y el Danubio.

Al escribir la presente monografía, no buscaremos el

tipo objeto de su estudio en las regiones limítrofes con otras provincias de caracteres diferentes, las cuales nos darían el ejemplar de ellas, no el verdaderamente genuino de la nuestra. El tipo oriental corresponde más bien a la Mancha Alta de Cuenca; el meridional a la Mancha Baja de Ciudad Real; y el occidental, mujer de tierra de Talavera, tiene más puntos de contacto con los tipos de Extremadura.

Deseando buena suerte a las humildes lugareñas de Borox y Vargas, las cuales, desembarazada aquella como su campiña y rebujada ésta en su cobijo de estameña, no ya recorren a pie la provincia, sino que emigran a exportar a las principales romerías de Madrid y otras poblaciones importantes, la una sus famosos torraos y avellanas, la otra sus populares cortadillos y rosquillas; vengamos más al centro, a la capital y a los risueños pueblecillos que se extienden al pie de aquellos Montes, retiro del gran político Cisneros, de los cuales decía *El labrador más honrado* del inmortal Rojas al rey Alfonso XI:

*Aquesto es el Castañar,
Que en más estimo, señor,
Que cuanta hacienda y honor
Los reyes me pueden dar.*

Dividamos al efecto a nuestra protagonista en dos géneros: LA TOLEDANA, habitante de la capital, y LA LUGAREÑA, habitante de los pueblos. Y cada uno de estos géneros en dos especies: el primero en *Señora y Criada*, y el segundo en *Labradora y Campesina*. Y no incluyamos a la clase media por dos razones. La primera porque la clase media, compuesta del empleado de poco sueldo, del hacendado de corta renta, del industrial en pequeña escala y del comerciante modesto, es igual en todas las latitudes. Y la segunda porque, viviendo dicha clase como y aún peor que puede y esforzándose en brillar como y aún mejor que puede, su continua oscilación no da lugar a que su figura se dibuje en la cámara oscura de la crítica con todos los caracteres de verdaderamente típica.

III LA SEÑORA

Ni alta, ni baja, ni gruesa, ni delgada, ni blanca, ni morena; de ojos más bien claros que oscuros; de nariz más bien aguileña que recta; elegante en el vestir, esbelta en el andar, discreta en el pensar, castiza en el decir; la señora de Toledo, conservando sus gloriosas tradiciones, reúne, hoy como ayer, a la gracia de la mujer del Mediodía y a la bondad de la mujer del Setentrión, la finura de la dama de la Corte.

Nos hallamos en el siglo de la generalización, de los conocimientos universales, y no habían de ser las modas la excepción de la regla, dejando de esparcirse por España con la velocidad del vapor, contenido en los antros de una locomotora. Y menos tratándose de una ciudad, que evoca más vivo en su actual aislamiento el recuerdo de su esplendor pasado, que fue corte y capital del primer imperio del mundo, y que al presente sólo está separada de Madrid por tres horas de vía férrea.

Pero si la dama toledana apenas se diferencia por el traje del resto del señorío femenino de la Península, se diferencia por sus usos y costumbres.

Lo primero que un día de trabajo llama la atención del viajero en la cuna de Garcilaso es la ausencia del bello sexo en público. Difícilmente hallaréis en tal día señora alguna, pisando la calle o el paseo. Al encontraros únicamente con ejemplares del sexo barbado, temeríais por el fin de aquella raza, y nada más natural que deseáis un rapto, como el de los benjamitas con las hijas de Silo o el de los romanos con las Sabinas, con intención de repoblarla.

Y es que la señora de Toledo, a modo de la hebrea o de la árabe, se exhibe poco, entregada como está por completo a la vida del hogar doméstico.

Encerrada en invierno tras el cortinaje de su camón y en verano bajo el toldo de su patio, con su aljibe de agua templada en Enero y fresca en Agosto, con su azotea que ofrece sol en los días fríos y ambiente en las noches calurosas, para ella no hay más mundo que su casa, cuya clausura quebranta el sonido de la campana del templo, que llama a misa o al sermón, a la novena o a las Cuarenta-Horas.

Gran madrugadora, conserva las costumbres monacales de tomar chocolate por mañana y tarde y de comer en punto de doce; cena a las ocho; recibe tertulia hasta las diez, en la que se habla no poco de política; y suele acostarse a las once, después de leer algún libro o cuando menos *La Correspondencia*, que le trae el tren de Madrid.

Acude los martes al mercado de la Calle Ancha, del que acostumbra volver con tiestos de flores, a las que es muy aficionada. Alguna que otra fiesta principal se decide a dar una vuelta por Zocodover o San Cristóbal, o a pasear por el Miradero o Merchán. Va al café y al teatro el día del *Corpus* y el de la Virgen del Sagrario, después de lucir sus galas más brillantes en tan vistosas procesiones. Visita alguna mañana de primavera o alguna tarde de otoño los Cigarrales, cubiertos de lirios y azucenas, de albaricoqueros y acerolos,

sitios encantadores que inspiraron a Tirso y a Moreto. Y se confunde en democrático consorcio con las clases más populares en la primera de las romerías toledanas, en la romería de la Virgen del Valle.

IV LA CRIADA

Todo lo que la señora de Toledo tiene de amante de su casa, tiene de andorrera la criada.

Recién llegada del pueblo con su traje de los colores del Iris, pañuelo de *sandia* a la cabeza y pañuelo de *yervas* al talle, jubón de estameña oscura; contrastando con saya de estameña clara, refajo de bayeta encarnada y mandil de bién verde, con su alto moño y grandes rizos, por debajo de los cuales sobresalen lujosos pendientes de coral, con sus medias de lana azul y su zapato bajo de becerro; pasa el primer mes como ensimismada en los recuerdos de su aldea. Pero la mutación de aires y aguas comienza a afinar el cutis de su mofletuda y sonrosada cara; el peinado y trajes de su señora le inspiran ideas de imitación; oye con gusto los requiebros que le dirigen de consuno el estudiante y el soldado; conversa, antes y después de llenar su cántaro en el pozo de vecindad, con sus compañeras ya cepilladas; y concluye por cepillarse ella de tal modo que, cuando al año va a la función de la Virgen de Setiembre a su pueblo, no la conoce ni su madre.

Desde este instante la larva se ha transformado en mariposa, que revolotea por las mañanas en la Plaza de las Verduras, sisando lo que puede de la compra; que se dirige por las tardes a la fuente, pasándose las horas muertas en murmurar de lo que no le importa; que baja los domingos con su militar al Cristo de la Vega y sube con él a los Cigarrales, dándose cita para el día siguiente en el Arroyo de la Rosa, donde lava la ropa de sus amos; que no pierde una corrida taurina, ni un baile en el Taller del Moro; que no falta el día de la Candelaria en Azucaica, el de San Blas en Burguillos, y así en todas las romerías, sin olvidar a San Antón, ni a San Roque, a San Cipriano, ni al Ángel.

Pero ni sus amoríos, ni la transformación verificada en su ser y ropaje, le impiden oír en la Catedral, al rayar el alba de los días de precepto, la Misa del Santo, la más popular de todas las misas, pues que a ella acude, no sólo la llamada *gente del bronce*, carniceras y verduleras de la Plaza, sino alguna que otra señora principal, que desde niña siguió tan piadosa costumbre.

¡Cuántas veces asistimos también nosotros de niños a aquella misa! ¡Cuántas veces, envueltos en las sombras de esas horas crepusculares, hemos penetrado después en aquel

suntuosísimo templo, erigido por San Eugenio en el siglo I de nuestra era, restaurado y consagrado a la Virgen en el V por Recaredo, trocado en el VIII en mezquita mayor por los árabes, convertido en Catedral en el XI por Alfonso VI, y derribado en el XIII por San Fernando para edificarle como está hoy, según los planos de su primer arquitecto y director Pedro Pérez; en aquel templo, depositario de las cenizas de nuestros reyes más famosos, tres de la casa de Borgoña, Alfonso VII, Sancho III y Sancho IV, y tres de la de Trastámara, Enrique II, Juan I y Enrique III, en aquel templo, al cual ofrecieron el homenaje de su inspiración los Egas y Covarrubias, los Gumieles y Livornas, los Berruguetes y Villalpandos, los Grecos y Españaletos, los Bayeus y Maellas, y tantos otros inmortales artistas, uniendo al gusto de la invención el esmero del trabajo; y al mirar a todas las clases sociales confundidas en el murmullo de la oración, más dulce que el murmurio de las fuentes y las auras, pues que es el murmurio de las almas, al contemplarlas arrodilladas ante las grandiosas verjas platerescas del Presbiterio o de la Virgen del Sagrario, ante los altares de ricos mármoles y bronce, que ofrece como modelos del género greco-romano y orden jónico el exterior del Coro, ante alguna de las elegantes capillas góticas que le dan frente o ante algún Santísimo Cristo, empotrado bajo la cubierta de su hornacina en el muro interior del edificio, hemos sentido asomar el llanto a los ojos, llanto de alegría al ver que el huracán del descreimiento no había conseguido extinguir la luz de la fe, llanto de esperanza de días más bonancibles que los nuestros!

V LA LABRADORA

No busquéis en su rostro la delicadeza de líneas, ni en su cuerpo la morbidez de formas, ni en su trato la finura de modales, que distinguen a la señora de las grandes poblaciones. Su frente está atezada por el aire y el sol de la aldea. Su elegancia en el vestir y su esbeltez en el andar hanse perdido en la prosa de sus faenas cotidianas. Y la discreción de sus conceptos y la pureza de su lenguaje se han embotado ante la rudeza de la gente agreste, con quien se ve obligada a tratar de continuo.

Laboriosa hasta lo increíble, se levanta antes que nadie al rayar el alba y se acuesta después de todos; arregla el avío a mozos y pastores; despide a su marido, cuya vigilancia hace falta en la hacienda; fija la principal atención de su aseo en la cocina, primera habitación de la casa, jalbegando el fogón cada cuatro días y limpiando la espetera cada ocho; riega, barre, guisa, lava, cose; no descansa un momento, ni deja descansar a las criadas, de cuya holgazanería y despilfarro se está quejando siempre; vende al por menor aceite, vino, cereales, semillas y hasta huevos de las gallinas de la labranza; anda

sucia de harina durante la cochura del pan, de pringue durante la molienda de la aceituna, de polvo durante el acarreo de los granos, de mosto durante la vendimia y de grasa durante la matanza; y en esta vida de continua molestia, de incesante desasosiego, comprendiendo toda la valía del trabajo, regaña por una fruslería y se pelea por un ochavo.

No quiere esto decir que sea tacaña hasta el extremo de hacer morir de hambre al huésped, que atraviesa los umbrales de su morada. Todo lo contrario. Tan económica para con los de dentro, principiando por ella misma, como obsequiosa para con los de afuera, uniendo a la laboriosidad la previsión, y a la previsión no poca parte de amor propio, suele repetir hoy a sus huéspedes, cuando llega el caso, como ayer la esposa de García del Castañar:

*Queso, arropo y aceitunas,
Y blanco pan les prometo,
Que amasamos yo y Teresa:
Que pan blanco y limpia mesa
Abren las ganas a un muerto.
También hay de las tempranas
Uvas de un majuelo mío,
Y en blanca miel de rocío
Berenjenas toledanas;
Perdices en escabeche,
Y de un jabalí, aunque fea,
Una cabeza en jalea,
Porque toda se aproveche;
Cocido en vino un jamón,
Y un chorizo que provoquie
a que con el vino alogue
Hagan todos la razón;
Dos ánades, y cecinas
Cuantas los montes ofrecen,
Cuyas hebras me parecen
Deshojadas clavellinas,
Que, cuando vienen a estar
Cada una de por sí,
Como seda carmesí
Se pueden al torno hilar.*

Pero ni el número, ni lo improbo de sus faenas, enervan la febril actividad de nuestra labradora.

Teniéndose por descendiente del rey Wamba, aspira, cual si le perteneciera por juro de heredad, a ser *diputada provincial* o cuando menos *alcaldesa*; potencia electoral de primer orden, gusta de intervenir en la cosa pública, enseñando, venga o no a cuento, las cartas de cajón, que al efecto le dirige el futuro padre de la patria; recibe tertulia desde el toque de oraciones al de ánimas, en invierno en la cocina y en verano

en el patio o a la puerta de la casa; obsequia a sus tertulios la noche de Todos los Santos con puches y chicharrones, y el día de su Santo con rosoli y bollitos; murmura con ellos de todo el mundo para después murmurar con todo el mundo acerca de ellos; y goza de que unos y otros le hagan la corte y le rindan pleito-homenaje. ¡Pobre del que rebelde concite sus iras! Conceptuándose con influencia poderosa, lo mismo en la oposición que en el mando, levantará contra él bandera negra. Si el caído en desgracia es comerciante, hará en distinta tienda sus compras; si médico, llamará a otro que le asista en sus dolencias; si farmacéutico, enviará a cualquiera botica de la capital o de un lugar vecino por los medicamentos; si profesor de instrucción primaria, inscribirá a sus niños en diferente escuela; si cura, moverá contra él un tumulto; sin perjuicio de conspirar para que todos sean expulsados de aquellos que ella considera sus dominios.

Va a misa casi todos los días, ocupando el mejor asiento en la iglesia; pretende ser hermana mayor de todas las cofradías; y tan alto concepto tiene de sí, que de la reina abajo no se cambiaría por ninguna otra señora de España, ni de sus posesiones ultramarinas.

VI LA CAMPESINA

La labradora tiene hacienda; la campesina sólo tiene el producto de su trabajo. Aquella vive en buena casa, que le libra del frío en invierno y del calor en verano; ésta vive casi todo el día en el campo, víctima del rigor de las estaciones, durmiendo de noche en miserable jergón, bajo la techumbre de rústico tugurio. La una goza de consideraciones sociales; la otra goza únicamente del favor de Dios, que como el sol derrama sus benéficos resplandores sobre ricos y necesitados.

Antigua criada de la capital, que no tuvo la desgracia de prostituirse, ni la fortuna de casarse con un artesano, escuchó una vez que fue al pueblo a cierta vieja, que le propuso como conveniente el casamiento con un jornalero de allí, y a los pocos meses se unió a él en la iglesia bajo las bendiciones del párroco.

Algunos años después sólo le queda de su antigua historia el recuerdo del lustre que adquirió en la ciudad imperial, del gusto en el vestir que aprendió de su señora, y de las travesuras que hizo por los llanos del Cristo de la Vega o por las cumbres de los Cigarrales. A la poesía de tales recuerdos sucede ahora la prosa de un marido inculto, en no pocas ocasiones beodo, que la apalea de cuando en cuando, y de tres o cuatro hijos, tan sucios como desharrapados, que la demandan pan a gritos a modo de energúmenos.

Mártir de su deber, todo lo sufre con paciencia, concentrando sus afanes en llevar limpio a su cónyuge y en sacar adelante a sus pequeñuelos. Verdadera hormiga del hogar, a él acarrea, según las estaciones, espárragos y trufas, paja para escobas finas y rabanillo para escobas bastas, plantas medicinales, como grama, amapola, flor de malva, manzanilla y sanguinaria, cereales y semillas, almendra y uva, leña y aceituna, que consume o vende en Toledo, cuando no a sus convecinos; cría su cerdo, a costa de mil fatigas, con desperdicios propios y ajenos; conserva media docena de gallinas, sustentadas la mayor parte del tiempo en las calles, para matarlas en los días subsiguientes al parto; barre, guisa, friega; cose de nuevo, remienda de viejo; lava la ropa de su casa y por corto estipendio la de otras; y por cuidar de los demás descuida tanto su persona que la mariposa se torna larva, y aquélla, que cuando volvió soltera de la capital no fue conocida en el pueblo ni de su propia madre, no es conocida ahora ni de su antigua ama cuando tiene que hacer algún viaje al campo de batalla de sus pasados triunfos.

De tal modo se apega al desembarazo de su casa, a la rudeza de sus quehaceres y a la limpieza de su aldea, desde cuyas anchas calles se divisa la inmensidad del infinito, que apenas llegada a Toledo se siente como asfixiada dentro de sus muros, y, deseosa de abandonarla cuanto antes, sólo ve en ella cómo el campesino del siglo XIV:

*De casas un burujón
Y mucha gente holgazana;
Y en calles buenas y ruines
La basura a celemines
Y el cielo por cerbatana*

Si hay algún periodo feliz en esta época de su vida es aquél de dos o tres meses de verano, en que su marido va a la limpia a tierra de Madrid. Libre de los malos tratos conyugales y del despilfarro de sus ahorros en la taberna, se afina un tanto en el vestir, da lo que se llama una vuelta a su casa, y hasta se olvida de regañar con las vecinas.

Genuina expresión de nuestro antiguo carácter, muéstrase altiva, amante de la justicia y defensora de la desgracia. Cuando se le oye gritar en la plaza ante el alcalde o ante el cura, de quienes se cree ofendida, se recuerda a aquellos representantes de la plebe que en las Cortes de Alcalá obtuvieron colocarse frente al rey y que éste hablara en su nombre. Cuando se le oye dar la razón a quien la tiene, no por mera fórmula, sino con entusiasmo, se recuerda a los que alzados contra la privanza de D. Álvaro de Luna y contra la influencia de los Ayalas y los Silvas, hicieron fuego a Juan II y pusieron en fuga a Enrique IV, que desoían sus justas pretensiones. Cuando se la ve inclinada

en pro del desvalido, ofreciéndole hasta su vida, se recuerda a los que despreciaron el furor de D. Pedro el Cruel por defender a su desgraciada esposa Doña Blanca.

Descendiente de alguno de los aguerridos milicianos concejiles, que en el siglo XIII, bendecidos por el Papa Inocencio III y bajo la enseña de Alfonso VIII, dieron a la España Cristiana en las quebraduras de Sierra-Morena la gloria de las Navas de Tolosa y la fiesta del Triunfo de la Santa Cruz, o de alguno de aquellos indómitos comuneros, que en el siglo XVI, bendecidos por el pueblo y bajo el pendón castellano, derramaron su sangre con Padilla en las llanuras de Valladolid, conserva indeleble en su alma el lema: RELIGIÓN, PATRIA Y LIBERTAD. Su liberalismo le impulsa a condenar la tiranía, ya proceda de las altas esferas del gobierno, ya de las bajas de un cacique. Su patriotismo le anima a sufrir con paciencia el sinnúmero de cargas, que la autoridad hace pesar sobre sus débiles hombros. Y su religiosidad, levantándose a modo de protesta contra el descreimiento, le inspira esas funciones populares, que nos encantaron cuando niños, que alentaron nuestra fe cuando hombres, y que se ofrecen como la fusión de todas las clases, pues si, con referencia a nuestra provincia, la señora se confunde con la criada en la romería de la Virgen del Valle, y la criada con la señora en la Misa del Santo, ambas y hasta la misma labradora, descendiente de catorce generaciones de hidalguía, se confunden con la campesina en ese poético culto a Aquélla, que en las montañas de Judea invocaba al Dios a cuyo nombre habían de ser derribados los soberbios y levantados los humildes, en ese poético culto a María, cuya apoteosis es la apoteosis de la mujer, ora nacida en palacio de jaspe, ora nacida en rústico tugurio.

VII LA FUNCIÓN DE UN PUEBLO

Rara es la población rural del orbe católico que no celebra como la mas brillante de sus festividades el 8 de Setiembre, día de la Natividad de Nuestra Señora. Y más rara si dicha población corresponde a nuestra provincia, cuyos habitantes recuerdan a todas horas la tradicional aparición de la Madre de Dios a San Ildefonso la noche del 18 de Diciembre del año 666 o 667, y la fe con que invocaron siempre el nombre de María las santas toledanas Leocadia, Obdulía, Marciana y Casilda.

La tierra agostada por los calores del estío comienza a refrescarse con las primeras lluvias del otoño, de la estación mas apacible del año. Concluida la sementera, labradores y campesinos recogen la principal recompensa de sus afanes, quiénes llenando sus graneros con el dorado fruto de la tierra,

quiénes llenando sus bolsas con el honrado fruto del trabajo. Los prados vuelven a ostentar su lozanía y los árboles su verdura. La naturaleza parece que renace. Y el hombre siente dentro de sí algo que le impulsa a dar gracias al cielo, que de tal modo le protege en su peregrinación por el desierto de la vida. No sin motivo celebraba el antiguo pueblo de Dios en esta época, la tercera y última de sus grandes festividades, la de la recolección de los frutos, o sea la de los Tabernáculos.

Siguiendo tan religiosa costumbre, el pueblo de Polán, uno de los que se extienden en los contornos del Castañar, asentado tres leguas al Sudoeste de Toledo en pintoresco valle, cubierta de olivares y viñedos, al pie de un monte y una sierra, desde cuya cumbre se divisan las cordilleras que cruzan el Norte, Centro y Sur de la provincia, con su semi-arruinado castillo de la Edad Media, con su hoy desarbolado Ventosilla, antiguo sitio real de Isabel la Católica, y su elegante iglesia, obra de fines del siglo XVIII debida a la munificencia del gran cardenal D. Francisco Antonio Lorenzana, del llamado por sus virtudes padre de los pobres, a quien tanto deben las ciencias y las artes; celebra en dicho día su fiesta principal a Nuestra Señora, bajo la advocación de la Salud, con la solemnidad que permiten los recursos de la cofradía, la más popular de todas; circunstancia que atrae a la función concurrencia inmensa de los alrededores, incluso de la capital, ofreciéndose la seda y el percal en democrático consorcio.

En la madrugada del día anterior la plaza de Polán aparece convertida en vistoso mercado, donde los montones de sandías alternan con los de melones, y los puestos de torrados y avellanas con los de infinidad de confituras, todo envuelto en el negruzco humo que despiende de sí la caldera del buñolero.

A las once de la mañana el redoblante recorre tambor batiente la carrera, concluyendo de preparar el espíritu público. A las tres de la tarde anuncian vísperas las campanas, nuevos redobles del tambor y el estruendo de figles, bombo y platillos, al ser con acompañamiento de sinnúmero de muchachos traídos y llevados el párroco y los hermanos de la junta de gobierno. Al anochecer, y mientras el polvorista dispone sus habilidades, las campanas desde arriba y el redoblante desde abajo vuelven a llamar a la iglesia a los músicos, cura y cofrades designados para cantar la Salve a la Virgen. A las nueve toque de ánimas, repique general, luminaria, música, cohetes, árboles de pólvora y coplillas en el templo.

Cualquiera creería que estas doce horas de constante algazara, de continuo desasosiego, rinden a los asistentes a la

función; pero nada más lejos de lo cierto.

No ha asomado el nuevo sol la cabeza por los balcones del Oriente, cuando ricos y pobres, jóvenes y viejos, ostentan sus mejores trajes, quiénes a las puertas de sus casas, quiénes en las calles, quiénes en la aguardentería o en torno del buñolero de la plaza, todos anhelantes de que prosigan los festejos.

Si esplendorosos están los de afuera, más están los de dentro de la iglesia durante la misa solemne, que comienza a las diez de la mañana a los acordes lanzados desde el coro por el órgano, alternando con las voces de los cantantes y los ecos de la orquesta. Apenas el recinto sagrado puede dar cabida a los fieles que allí se congregan. Las ramas de cantueso, romero y mastranzos, que encubren su suelo, embalsaman el ambiente; las lujosas colgaduras de damasco encarnado, que decoran sus arcos y columnas, deleitan la vista; canarios y jilgueros, ocultos entre las flores de los altares, llenan de melodías el espacio; y ascuas de oro parecen las arañas pendientes del techo, según el número y brillantez de sus luces de blanca cera. Bajo la nave principal muéstranse en dos largas hileras de bancos los hermanos, reunidos en la forma que la víspera; frente al púlpito, desde el cual derrama el predicador los raudales de su oratoria, se sienta en banco especial la justicia; y bajo la nave de la derecha hállanse los niños de la escuela, como si trataran de perfumar tan místico culto con el aroma de su inocencia.

Pasemos por alto la salida musical de los hermanos con el cura después de concluida la misa a las doce y media o la una. Nada digamos de los primores que durante el trayecto luce en la plaza el abanderado. Omitamos la descripción de completas, cantadas como las vísperas a las cuatro de la tarde, y del refresco subsiguiente que toma la cofradía, por lo general en casa del tesorero. Vengamos al instante en que el ruido de las campanas y los ecos de la marcha real anuncian la salida de la Virgen, ante la cuál poco después comienza el ofrecimiento.

La sagrada imagen, asentada en brillante carroza a la entrada de la plazuela de la iglesia, ostenta sus alhajas más ricas y vestiduras más lujosas, como sonriente de gozo ante los objetos, que por entre los bancos de la hermandad le presentan los fieles. Cogidos de las manos y subidos unos en hombros de otros, forman entre tanto los más robustos zagales castillos ingeniosos. Y a la vez agólpanse el público, ávido de adquirir a subido precio las ofrendas, cuya rifa anuncia a pregón un hermano.

Concluido el ofertorio, principia entre dos luces la procesión, abriendo paso la manga de la parroquia; siguen los

niños de la escuela; va en pos con su estandarte el hermano mayor, acompañado del tesorero y del secretario, cada cual con su cetro; en dos largas filas, cuyo centro recorren penitentes amortajadas, como testimonio de gratitud a Aquélla que les salvó de enfermedades peligrosas, muéstranse después los cofrades con velas encendidas; aparece luego la Santísima Virgen, custodiada en sus cuatro ángulos por alabardas y bastones; detrás marcha el clero; y cierra el ayuntamiento, seguido de numeroso publico, en particular, de mujeres, hasta que a las nueve o diez de la noche la procesión regresa al templo, a cuya entrada se subastan los llamados oficios de la soldadesca del año venidero y en cuyo interior se canta la Salve de despedida del presente.

La función ha terminado entre los vivos; pero queda un recuerdo a los muertos.

Después de la subasta que de las ofrendas no vendidas el día anterior se hace en la plaza al rayar el alba del siguiente, se canta a las ocho de la mañana misa de difuntos por los compañeros de cofradía, que arrebató la muerte; y por la tarde, a no haber corrida de toros, *se corre el gallo* en una de las eras del pueblo con tostones y vino, y jota y seguidillas, que bailan en fraternal unión señoras y criadas, labradoras y campesinas, a los acordes de la música de aire, o de guitarras y bandurrias, y al son de las morunas castañuelas: zambra interrumpida por el toque de la oración, que llama a todos a descansar en sus hogares para disponerse después a sus acostumbradas faenas.

¡Felices las madres que enseñan a sus hijos a cuidar del desarrollo de los intereses materiales, sin olvidarse de la religión! ¡Felices los pueblos que en esta época transitoria de empleomanía y descreimiento realizan los dos actos más nobles de la vida humana! ¡Felices los pueblos que trabajan y rezan!

CONCLUSIÓN

Tiene fama la mujer de Toledo de excesivamente religiosa. Si por tal se entiende la que practica el Catolicismo con sinceridad y desea su triunfo por la palabra y el ejemplo, únicas armas que puso a nuestro alcance Jesucristo, mis paisanas deben orgullecerse del dictado. Pero si entre ellas hubiese alguna que practicara el Catolicismo con hipocresía y deseara su triunfo por el hierro y el fuego y demás procedimientos inquisitoriales, fija la mente en imposibles, porque no en balde transcurren los años, mis paisanas, de suyo discretas, deben disuadirle de su intento.

El que nuestros tiempos no sean del todo buenos, el que trabajemos por mejorarlos, preparando el camino de lo

porvenir, no significa que fuesen mejores los tiempos antiguos hasta el punto de luchar por su vuelta.

Testimonios irrecusables de este aserto ofrécennos de consuno la Historia, que refiere los sucesos, y la Literatura, que entraña su verdadera filosofía.

Hoy no hay hermanos que saquen los ojos a sus hermanos, como hizo Ramiro II con Alfonso IV durante la monarquía leonesa. Hoy no hay esposos que abandonen el tálamo nupcial para destrozarse en el campo de batalla, como hicieron Doña Urraca de Castilla y Alfonso I de Aragón. Hoy no hay padres que arrastren misteriosamente al sepulcro a sus hijos, como hicieron Juan I de Navarra y Felipe II de Austria con aquellos dos príncipes, tan parecidos en el nombre como en lo trágico de su desgracia.

Hoy la ingratitude suele ser moneda corriente; pero también Lope escribía en *El perro del hortelano*:

*Cuando está en alto lugar
Un hombre...
¡Qué le vienen de visitas
A molestar y a enfadar;
Pero si mudó de estado,
Como es la fortuna incierta,
Todos huyen de su puerta
Como si fuese apestado.*

Hoy ofrecen peligros las intrigas cortesanas; pero también Tirso escribía en *La prudencia en la mujer*:

*Cuando hagáis algún concierto
En palacio, es bien callar,
No os oigan; pues vino a dar
Dios, que os enseña a vivir,
Dos oídos para oír
Y una lengua para hablar.*

Hoy la fuerza suele imponerse a la razón en nuestras contiendas civiles; pero también Calderón escribía en *La vida es sueño*:

*... En batallas tales
Los que vencen son leales,
Los vencidos son traidores.*

Nuestros tiempos llevan cuando menos a los antiguos la ventaja del descaro de la publicidad, que ha sucedido a la hipocresía del sigilo; lo cual me parece un adelanto por aquello de que el conocimiento de la culpa es la mitad del arrepentimiento.

Usemos de esta publicidad para ensalzar lo bueno y combatir lo malo. Y lo bueno es la religión; lo malo pretender

unir su suerte a la de ciertas banderías políticas. Lo bueno es el progreso; lo malo encerrarse en una isla desierta por temor a cruzar agitadas olas que encubren oasis paradisíacos.

Defendamos el Catolicismo, no por la coacción, no por la fuerza, sino con el fuego de la palabra, con el hierro del ejemplo, y tendremos derecho a protestar contra el que, faltando a sus principios, persiga tiránicamente a nuestros sacerdotes y derribe bárbaramente nuestros templos. Comprendamos que el católico que desde el poder quema en nombre de Dios al hereje, se expone a que éste desde el poder le queme a él en nombre del demonio. Esforcémonos en predicar la armonía entre la fe y la razón, entre la religión y el progreso. Y congratulémonos de que en nuestra ayuda venga la mujer, y en particular la mujer toledana, que une al espíritu de Santa Leocadia el genio de María de Pacheco.

Hubo un día en que del choque de una civilización culta y decrepita, como la romana, con otra ruda y vigorosa, como la gótica, surgió el caos, entre cuyo revuelto oleaje la hija de la Edad Media, a pesar del Evangelio, plebeya vivió apegada al terruño, y señora vivió encerrada en su castillo. Hubo un día en que del choque de la razón, impulsada por la soberbia, contra la revelación, que es la Verdad Eterna y Absoluta, surgió también el caos, porque si de la discusión nace la luz también nace el humo, y pretender que brote aquélla sin éste es tan absurdo como pretender tocar el cielo con las manos. Pero el humo se va desvaneciendo; la luz va inundando los espacios; y la mujer contemporánea, que, señora o criada, labradora o campesina, tiene ya familia, que vive en sociedad, que piensa, lee y escribe, tiende a su completa rehabilitación inspirándose en el ideal de María, sin renegar de los grandes medios que la civilización pone a su alcance, combatiendo, no ya privada sino públicamente, con su fe el descreimiento y con su caridad el egoísmo.

No interrumpamos a nuestra bella mitad en esta su transcendentalísima empresa. Confiemos en que la mujer rehabilitada concluirá por rehabilitar al hombre. Y estemos seguros de que si Eva nos perdió en el paraíso del mundo antiguo, María nos salvara en el infierno del mundo moderno.

NOTAS

¹ Este texto fue publicado en la obra colectiva *Las mujeres españolas, portuguesas y americanas: tales como son el hogar doméstico, en los campos, en las ciudades, en el templo...*, editada en tres tomos, en Madrid, por la imprenta de Miguel Guijarro, entre 1872 y 1876. Está constituida por 82 fascículos redactados por distintos escritores. El de la provincia de Toledo es obra de Abdón de Paz y fue publicado en el tomo II, pp. 427-441, acompañado de una cromolitografía en color con la leyenda «Provincia de Toledo (Criada de la Capital)», pintada por R. Tusquets y litografiada por M. Pujadas. En 1889 fue reimpresso en la revista *Toledo. Publicación Quincenal Ilustrada*, en el número 14 (31 de octubre de 1889) pp. 6-7 y en el número 15 (15 de noviembre de 1889) pp. 1-3.



Donna di Toledo.

